

## Discurso de Patricio Rivas

Rector de la Universidad UTE. Doctor Ricardo Hidalgo, Embajador de Chile en Ecuador. Pablo Arriarán, académicos, estudiantes y amigos.

Esta placa que conmemora un destino entre el hombre y la historia se instala en una casa de educación superior, lugar de búsqueda de la verdad, de producción de saberes y conocimiento. La presencia en esta mañana de su comunidad y de quienes nos acompañan es una muestra más de que la memoria esculpe la vida y que los lazos latinoamericanos continúa siendo parte de nuestra historia.

No es en cualquier institución, sino en una universidad que ha demostrado desde hace años una gran fraternidad con Chile y un espíritu internacionalista, ha cooperado en cada proceso electoral y ha estado, especialmente, dispuesta este año en emprender una ambiciosa agenda cultural. Pero la UTE, por sobre todo es una institución particular en que la presencia de hijos e hijas de trabajadores, como diría Allende, alcanza una alta participación.

Urdir un relato sobre una fecha que conmovió la segunda parte del siglo XX en la región e incluso en el mundo, es también para mí una oportunidad de situar la historia de mi generación en una difícil perspectiva, en momentos en que el destino, las opciones, la voluntad y la existencia se convirtieron en ocasiones en lo mismo. No se nos fue la vida, la empleamos con ahincó y determinación en recuperar algo que se nos arrebató.

La historia humana conjuga en ocasiones episodios que perduran en el tiempo porque nos narran el poder del espíritu. Esos instantes fraguan los destinos y reseñan las vidas colectivas de las naciones. Salvador Allende presidente de Chile se suicida en el palacio de gobierno hacia inicios de la tarde del martes 11 de septiembre de 1973, luego de recurrentes ataques aéreos y terrestres.

Expresa en su vida y afanes los diversos proyectos de la izquierda chilena desde principios del siglo XX por superar las injusticias. Una izquierda anclada en la tierra y en la ciudad, en las universidades, en los barrios, en el arte y las ciencias. Su vida pública se sustenta, antes de llegar a la presidencia, en una ética probada de los valores republicanos de raíz popular.

Salir con los brazos en alto no era para su cargo y autoridad una opción. Con su gesto político se materializa un valor que perdura, el presidente no se rinde.

Su victoria electoral el 4 de septiembre de 1970 pareció gestar una original vía política chilena a un socialismo democrático y abierto. Una senda inédita a nivel internacional donde el mundo de las necesidades se encontraría con el mundo del diálogo, con la política y el sentido de humanidad. Los sectores que no habían tenido voz protagónica o capacidad de determinación en sus propios destinos, actores relevantes que han curtido su existencia en el trabajo, tienen la posibilidad de ejercer el poder en distintos espacios del

Estado y el Gobierno. Se fraguó así una experiencia civilizatoria inédita en Chile de constituir un socialismo que dialoga por el bien común, que es cuidadoso de las dignidades de cada cual.

La vía chilena al socialismo emerge en los arduos debates sobre la historia nacional, de los intentos de construir un frente popular, y de la experiencia política del socialismo mundial, especialmente del de la Europa del Sur, en un país dibujado casi siempre desde el conservadurismo cultural y político, con una larga senda de represiones. Fueron solo mil días los del gobierno de la Unidad Popular, que se hacen presentes hoy luego de medio siglo. Este intento fue sentido por los poderes internacionales y nacionales como una amenaza al orden instaurado, sustentado en la explotación de la miseria y de las desigualdades.

Se abalanzaron sin límites y con extrema violencia sobre miles de chilenas y chilenos, cada noche y día durante 17 años. Como ya advertía el historiador Eric Hobsbawm el 20 de septiembre de 1973, calculamos mal, subestimado el odio de la derecha, y la facilidad con que los militares y civiles bien vestidos adquirieron el gusto por la sangre. Y si el país entró en un periodo de oscuridad, nadie puede albergar la menor duda acerca de quién apagó la luz. ¿Qué otra opción tenía Chile? Claramente el Golpe de Estado no era una opción legítima, Allende ese mismo día convocaría a un plebiscito.

De esta forma hace cinco décadas en el extremo sur del mundo se difuminó una esperanza, fueron tiempos largos de compañerismo y resistencias sin pausas. Asesinaron a muchos de las y los mejores. **No sabemos dónde están**, cómo fueron sus últimos instantes, si los lanzaron a algún volcán, al mar o los enterraron en ignotos parajes. El dolor colectivo daña a los pueblos y dejan huellas que no se borran en el tiempo. No olvidar, supera la pura determinación de la voluntad y se incrusta en la significación de la vida de la mujer y el hombre que quiere continuar de pie, de ser para vivir. La amnesia es siempre una derrota en la historia de los pueblos, la verdad y la justicia son una curación posible.

Para los que estamos vivos hoy, importa destacar que lo logramos porque muchos nos protegieron y guardaron silencio frente a la tortura. Nos cobijaron en sus casas, llevaron mensajes y aportaron a reconstruir un movimiento social y político que levantaría paso a paso el mundo de los derechos y las dignidades democráticas como proyecto, desde el mismo día del golpe y más masivamente a partir de los años 1980, venciendo el miedo, ese sentimiento que inmoviliza el alma. Nuestra decisión de permanecer en Chile en los años del terror no fue porque tuviéramos vocación de mártires, no podíamos abandonar el territorio, necesitábamos evitar la capitulación de la esperanza de que si era posible derrocar a la dictadura.

En los peores momentos mantuvimos la convicción que en Chile había más que militares y sectores golpistas, que existía un pueblo subterráneo en condiciones de denunciar y resistir la represión y la masacre, de recuperar los espacios de un país ocupado materialmente con la lógica de una guerra que no existió. Sin un movimiento de resistencia amplio, con convicciones políticas y que fue creciendo con los años no habría sido posible vencer a la dictadura.

Entre muchos y diversos reconstruimos la democracia con más generosidad que impaciencia, urdiendo lo común, buscando rehacer la confianza en el diálogo, la política y sus instituciones. La recuperación no fue simple, el régimen de plomo siguió teniendo archipiélagos dentro de las instituciones democráticas. Aun así, los movimientos sociales, los familiares de los detenidos desaparecidos y los estudiantes siguieron saliendo a las calles y hablaron con consistencia, logrado que la esperanza se hiciera gobierno.

Hoy en tiempo de tormentas, no solo en Chile, las derechas extremas se solazan en el negacionismo, en el individualismo y en el rechazo a las conquistas más básicas de los últimos dos siglos, los derechos a la educación, salud, trabajo se ven permanentemente amenazados. Climas de irracionalidad se ciernen a escala mundial, propósitos desmesurados que nos conducen a sucesivas fracturas de civilización, lo que constituye una ruta hacia nuevas tragedias históricas. Hay ocasiones en que solo desear la dignidad, se convierte en un riesgo frente a las elites del poder y la riqueza. El mundo actual es muy diferente al del presidente Allende, indudablemente hay singulares progresos en derechos y avances tecnocientíficos que se democratizan. Pero también, mayores incertidumbres civilizatorias.

Ser de izquierda en este tenso siglo XXI no es solo reivindicar una larga historia de la especie humana en el horizonte de su emancipación. Es no sucumbir frente al miedo, al sectarismo o al cansancio. Es comprender que compartimos un destino común como especie humana, es responder a las necesidades de los sectores más empobrecidos, a las demandas profundas de los movimientos sociales que ya no pueden más con un modelo que genera desigualdades y que sitúa a millones por fuera de los beneficios derivados del progreso civilizatorio.

Nos quedan largos tramos de perseverancia, en América Latina necesitamos superar las pobrezas materiales, éticas y culturales. En las tramas del tiempo histórico hay huellas que perduran, abrir las grandes Alamedas sigue siendo una aspiración inconclusa, un símbolo presidencial que signó la noción de voluntad y democracia.